



Robert Louis Stevenson

OLALLA

Traducción de Isabel Llasat

EDICIONES  INVISIBLES



—Bueno —dijo el doctor—, yo ya he hecho mi parte; y diría, no sin cierta vanidad, que la he hecho bien. Ahora solo falta sacarle a usted de esta ciudad fría y malsana y darle dos meses de aire puro y conciencia tranquila. Lo segundo es asunto suyo. En cuanto a lo primero, creo que puedo ayudarle. Por una enigmática casualidad, el otro día vino a verme un sacerdote de pueblo con el cual conservo una vieja amistad, a pesar de nuestras profesiones contrarias. Apelando a ella, solicitó mi consejo sobre un asunto que aflige a unos feligreses suyos. Se trata de una familia... pero usted desconoce España y los nombres de nuestros grandes no le dirán nada; baste pues con contarle que antes era una familia de gran nombradía y ahora está al borde de la indigencia. Nada queda de su propiedad, salvo la casa y algunas leguas de monte pelado, en cuya mayor parte ni siquiera una cabra sobreviviría. Pero la

casa es antigua y bella y se halla a gran altura entre las montañas, un lugar de gran salubridad, y, en cuanto escuché el relato de mi amigo, pensé en usted. Le dije que tenía un oficial herido, herido por la buena causa, que ahora estaba en condiciones de mudanza, y le propuse que sus amigos le aposentaran. Al acto se le empañó el semblante, como mi malicia ya me había hecho prever. «Fuera de toda cuestión», dijo él. «Pues que se mueran de hambre», dije yo, que no siento la menor compasión por el orgullo que viste andrajos. Allí nos despedimos, no muy contentos el uno con el otro. Pero ayer, para mi sorpresa, el cura regresó y me presentó una oferta: tras consultarlo, había visto que el inconveniente no era tanto como temía; o, en otras palabras, aquella gente orgullosa se había tragado el orgullo. Acepté pues el trato y, sujeto a su aprobación, he tomado habitación para usted en la casa. El aire de aquellas montañas le renovará la sangre, y la paz en la que allí vivirá valdrá más que todas las medicinas del mundo.

—Doctor —dije—, ha sido usted todo este tiempo mi ángel de la guarda, y su consejo es una orden

para mí. Pero dígame, se lo ruego, algo sobre la familia con la que voy a habitar.

—De eso quería hablarle —contestó mi amigo—, porque aquí sí que surge un inconveniente. Esos mendigos proceden, como ya he dicho, de muy alto linaje, y están henchidos de la más infundada vanidad; vivieron durante varias generaciones en un aislamiento gradual, alejándose por un lado de los ricos a los que ya no alcanzaban y de los pobres a los que ellos seguían viendo demasiado abajo; y aún hoy, cuando la pobreza les obliga a abrirle la puerta a un huésped, son incapaces de hacerlo sin imponer una condición de lo más descortés. Usted deberá mantener, dicen, la condición de extraño: le prestarán asistencia, pero rechazan desde el principio la idea de la más mínima intimidad.

No negaré que aquello me contrarió, y tal vez ese sentimiento reforzó mi deseo de ir, pues confiaba en poder romper aquella barrera cuando quisiera.

—No veo nada ofensivo en semejante condición —dije—, y hasta comprendo el sentimiento que la inspira.

—Bien es verdad que no le conocen —respondió

educadamente el doctor—. Y que, si supieran que es usted el hombre más apuesto y agradable jamás llegado de Inglaterra, donde, según me dicen, abundan los hombres apuestos, pero no tanto los agradables, sin duda le darían un recibimiento mucho más educado. Pero, ya que se lo toma a bien, le restaré importancia. A mí me parece claramente descortés, pero saldrá usted ganando. La familia no le tentará mucho. Una madre, un hijo y una hija; una anciana, por lo que dicen, de pocas luces; un patán aldeano y una campesina que goza de gran predicamento ante su confesor, por lo que deduzco —dijo el doctor riendo entre dientes— que es fea; poco pues en todo ello para atraer a un gallardo oficial.

—Y, sin embargo, dice usted que son familia de abolengo —objeté.

—Bueno, ahí debo hacer una distinción —respondió el doctor—. La madre sí, pero los hijos, no. La madre es la última representante de una estirpe principesca que ha degenerado por igual en dotes y en fortuna.